

Las manos siempre mojadas

Memorias de Marian y de Majdou,
trabajadoras de los cuidados y del hogar

Recogidas y adaptadas por Beatriz Díaz Martínez
con el apoyo de Liz Quintana, Antonio Escolar,
Kontxa Fernández y Antonella Fornoni

COLABORAN

Argitan, centro asesor de la mujer. Emakumeentzako aholku etxea
Berri-Otxoak, plataforma contra la exclusión y por los derechos sociales

Las manos siempre mojadas.
Memorias de Marian y de Majdou,
trabajadoras de los cuidados y del hogar

Del texto: Beatriz Díaz Martínez
<http://memoriaoral.detarifa.net/>

Acuarelas de cubierta: Ana Sánchez Trujillo
De la serie «*Con mis pinceles mágicos*»
<http://box5190.temp.domains/~anasanch/sample-page/>

Fotografías aportadas por Marian Fernández,
salvo indicación expresa.

Colaboran: Argitan, centro asesor de la mujer;
Emakumeentzako aholku etxea
Berri-Otxoak, plataforma contra la exclusión
y por los derechos sociales

Autoedición. Bilbao, 2021

Diseño cubierta e interior:
Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Depósito Legal: BI-00380-2021
ISBN: 9788412263794

VIDAS DE MUJERES

Este libro presenta las historias de vida de dos mujeres, Marian y Majdou, que nacieron en los años sesenta del siglo xx. Sus familias vivían en aldeas pobres: la familia de Marian en La Hiniesta (Zamora) y la de Majdou en Atrafa (Chaouen). Hace tiempo que me había propuesto recoger historias de vida de mujeres mayores en Bizkaia pero no fue hasta 2019 cuando surgió la ocasión. Entre tanto otras investigaciones urgían por tomar forma y ser editadas. A finales de 2018 me puse en contacto con Liz Quintana, feminista, procuradora y asesora a trabajadoras de hogar y cuidados. Liz mostró su confianza en mi trabajo desde el primer momento, lo que facilitó que Marian y Majdou aceptaran encantadas cuando ella les trasladó mi propuesta.

Marian y Majdou son mujeres supervivientes en nuestro mundo patriarcal y actualmente siguen en el huracán con contados apoyos y con escasas oportunidades para procesar las violencias que han vivido. Las sociedades en las que crecieron son relativamente diferentes pero su condición de mujeres ha acortado las distancias: durante décadas la violencia y la explotación les han cobrado un tremendo peaje. Las dos han tenido que trabajar en casas de familias ricas de Getxo (Marian de adolescente; Majdou ya adulta) y han testificado en los juzgados (Marian por violencia de género; Majdou por una demanda laboral en su feminizado trabajo). Sus

vidas convergen también en el presente: viven solas y en un alquiler precario, su deteriorada salud limita sus posibilidades de trabajo, tienen dificultades para llegar a fin de mes y han solicitado una renta social que les ayude a sobrevivir.

Tras mi primer contacto telefónico respondieron ilusionadas y enseguida me concretaron disponibilidad. Necesitábamos un espacio seguro donde hacer la entrevista. Un lugar silencioso que permitiera buena calidad de grabación, donde pudiésemos hablar con tranquilidad de lo vivido y airear sentimientos con espontaneidad, si se hiciese necesario. En el espacio autogestionado de Karmela¹ hicieron todo lo posible para que este local estuviese abierto en las pocas horas libres de Marian, pues entonces trabajaba interna cuidando a un señor mayor. Respecto a Majdou, escogió venir a mi propia casa.

Empezamos a trabajar en enero de 2019; dos horas a la semana, a veces cada quince días, hasta finales de marzo. En nuestro primer encuentro les hablé de mi forma de trabajar y de la posible confidencialidad. Semana a semana su puntualidad afianzaba mi propio compromiso. En paralelo a las entrevistas yo iba transcribiendo las grabaciones recogidas. Dos meses de trabajo intenso en los que nuestras emociones estuvieron a flor de piel. A partir del

1 El local de Karmela está en la calle Fika número 44 del barrio de Santutxu (Bilbao). Fue una escuela de primaria desde los años 1960 hasta 2014. Actualmente el espacio es autogestionado de forma colectiva y promueve la participación y los lazos grupales frente al consumo y el espectáculo. En 2019, unas trescientas personas participaban en talleres, jornadas y encuentros semanales en Karmela, y se coordinaban a través de una asamblea semanal.

mes de abril, cuando yo tenía transcrito el grueso de cada historia, distanciamos los encuentros.

Marian ya había sido entrevistada en varias ocasiones. Su primera participación fue en un video sobre Lanbide en el que recordaba la suspensión de la renta social, denominada Renta de Garantía de Ingresos (RGI). Además en unas jornadas de Trabajadoras de Hogar de noviembre de 2018 en Karmela, Marian y otras tres trabajadoras contaron una buena experiencia laboral y una mala experiencia, y mencionaron un sueño o deseo. Aquella era la primera vez que Marian hablaba ante un público amplio. Ella recuerda que se aferró a la mano de su compañera de asiento y que no quiso mirar de frente al público. Mugarik Gabe recogió con detalle su experiencia laboral y también la entrevistaron en el proyecto de la organización Mundubat «Trabajadoras no domesticadas». He tomado pequeñas piezas de esta última entrevista, recogida en un documento que cito en la bibliografía.

En las primeras sesiones ellas marcaron el ritmo: rememoraban etapas de su vida que les parecían importantes y yo sólo interrumpía para pedir aclaraciones. Una vez dieron por finalizado el hilo cronológico de sus recuerdos dediqué varias sesiones a clarificar sucesos y detalles de fechas, lugares o personas. A medida que crecía nuestro vínculo de confianza mi trabajo se hacía más operativo y ellas se mostraban más seguras. Ambas lloraron sin censura en varios momentos de la entrevista. La necesidad de desahogarse y de sentirse reconocidas rezumaba en sus cuerpos. Y al final de cada sesión preguntaban, «¿cuándo volvemos a quedar?».

Mis entrevistas en profundidad parten de un cuestionario abierto y flexible. Dedico todo el tiempo que sea necesario para recoger

los recuerdos que la protagonista quiere ofrecer. Cuando su discurso pierde fuerza y se hace redundante sé que la entrevista se acerca a su fin. Pueden haber transcurrido unas semanas o unos meses. Llegadas a esta etapa quedarán cuestiones por clarificar pero su historia no cambiará en lo sustancial.

Con Marian trabajé en sesiones de dos horas. En los primeros seis encuentros grabamos en total seis horas y media de entrevista. Dedicamos cinco sesiones más de trabajo a repasar, que sumaron cuatro horas y media de grabación. En una de las sesiones me mostró sus fotografías de infancia y juventud, convenimos cuáles podrían ilustrar su historia y me explicó detalles sobre cada escena, sus recuerdos y emociones asociadas, las personas que aparecen en ella, y el lugar y la fecha aproximada en que se tomó cada foto.

En el caso de Majdou nos reunimos cuatro mañanas en mi casa y trabajamos tres horas cada mañana; en total resultaron nueve horas de grabación. Quedamos seis veces más: en la primera ocasión grabé algo más de una hora de pequeñas piezas que rellenaban huecos, y en los cinco siguientes encuentros escribí directamente en el archivo digital del borrador de su historia.

Complicidades

Algunos contextos de vida Marian y de Majdou se cruzan con los míos, lo que ha sido una oportunidad de complicidad en nuestro trabajo. Mi madre nació en Cifuentes, un pequeño pueblo de la despoblada y siempre migrante comarca de La Alcarria de Guadalajara, donde he pasado los veranos de mi infancia y juventud.

Mis padres transmitieron a sus cuatro hijos su afán viajero: he conocido gentes, paisajes y formas de hacer de norte a sur y de este a oeste de España, incluyendo las zonas de tradición más rural y las menos desarrolladas. He recogido en mi grabadora la infancia de Marian con la cercanía y el afecto que permiten esos conocimientos y vivencias.

La experiencia de Marian en el Sestao industrial de los años setenta del siglo XX tampoco me ha sido ajena. Participo en la Asociación Elkasko, un colectivo de investigación histórica que ha recogido y sistematizado historias de vida en profundidad de personas mayores en esta comarca (la web *Herri Memoria* y el libro *Era más la Miseria que el Miedo* recogen algunos de los resultados). Además desde los años noventa, cuando me instalé en Bilbao, tengo buenas amistades en la margen izquierda del Nervión, que han compartido conmigo su sensibilidad a la realidad social de su entorno.

Con mi llegada a Bilbao en 1992 conocí a muchos vecinos y vecinas marroquíes de mi barrio (San Francisco), quienes me han mostrado su forma de vivir y de entender la vida. El padre de mi hija es marroquí. Hemos viajado asiduamente durante quince años a Marruecos y hemos visitado a sus familiares en aldeas y ciudades. Como mujer que soy, en esa sociedad tan segregada he convivido más intensamente con mujeres. El valor de la acogida y la habilidad comunicadora propias de su cultura, sumadas a mi afán de conocimiento, me han permitido comprender algo de lo que viven. Por eso Majdou desgranó en confianza detalles sobre la socialización de las mujeres en su infancia y juventud. Yo le mostré fotos de las aldeas y ciudades donde viven los familiares de mi hija para que situase mi propia experiencia.

Hace trece años hice una investigación sobre los emigrantes europeos en Marruecos. Reuní las historias de vida recogidas en el libro titulado *El Olor de la Hierbabuena*. Por eso puedo dibujarme el contexto social del Tetuán que Majdou vivió entre los años setenta a ochenta del siglo XX, cuando aún había una fuerte presencia de españoles que habían emigrado a Marruecos en diferentes etapas de la historia de la ciudad, y por diversos motivos.

Hoy en día Majdou se relaciona en castellano con sus amistades y vecinas. Cuando habla con sus familiares usa una variante de *darija* (árabe marroquí) y alterna con el castellano, lengua muy presente en Tetuán durante su infancia y juventud. Decidí incluir en el relato las palabras que Majdou pronunció en *darija* junto a su significado en castellano, ya que enriquecen el contenido y son un humilde reflejo del mundo bilingüe en el que vive. Tengo un pequeño nivel oral de *darija* pero soy analfabeta en su escritura en grafía árabe, así que las he anotado tal como las oía de boca de Majdou.

En estos dos años de trabajo con Marian y Majdou he vuelto la mirada hacia mis propias relaciones de pareja y mis separaciones. Entretanto varias amigas se estaban enfrentado a duras situaciones de malos tratos por su pareja y luchaban por separarse. En esa trama de sendas que se cruzan por momentos mi proyecto de historias de vida en profundidad se me hizo especialmente doloroso y agotador.

Una entrevista biográfica constituye en sí misma un espacio de comunicación para revisar lo vivido. Marian y Majdou recordaron asuntos dolorosos que nunca habían compartido y otros poco procesados. A veces cuando me contaban parecían tomar distancia de

algunas vivencias que les sobrepasaban y que no comprendían, y mi sempiterna necesidad de entender se rebelaba ante este mecanismo de autoprotección. Para comprender mejor sus experiencias y las mías me documenté sobre la violencia de género en el ámbito del trabajo del hogar, la limpieza y los cuidados; y participé en jornadas sobre el abuso sexual infantil y sobre la violencia de género. Razón y emoción aliadas encauzaron mi trabajo.

Construyendo los relatos

Estos relatos que ahora presento dan continuidad a mi personal método de trabajo en memoria oral, modelado a lo largo de décadas. Algunos resultados conocidos son el relato de Marta Eugenia y el de Esperanza, editados por la asociación bilbaína Mujeres del Mundo - Munduko Emakumeak a principios de los años 2000 (*Vine buscando las raíces de mi padre* y *Lo peor es ser huérfana de país*); y los de mujeres y hombres de la comarca de El Campo de Gibraltar (Cádiz) publicados entre 2007 y 2017 (*Memoria de Juan Quero; Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos; Un rosal de flores chiquititas, Calle Tesón y Camino de Gibraltar*).

Siempre doy prioridad a la voz de las protagonistas. Me interesa especialmente su mirada sobre su propia vida y en consecuencia dejo sus voces en primer plano. Mi pensar queda recogido en la introducción y en la propia construcción del relato: en cada decisión sobre el contenido que conservo y el lugar y extensión asignado, sobre las notas a pie que aparecerán, los recuadros informativos, los espaciados y los silencios. Creo en la capacidad de análisis del lector o lectora y estoy convencida de que ejercitarla estimula el juicio propio.

En nuestra sociedad las historias de mujeres víctimas de violencia de género son parte del espectáculo de los medios y de la política: sus relatos generan lástima, sorpresa y morbo, cuando menos. La lucha por frenar estas violencias exige superar estas impresiones y analizar lo vivido de forma sistémica en busca de los motivos y las consecuencias, y con un enfoque de género y una perspectiva social. Más adelante aportaré sugerencias para esa mirada.

Marian y Majdou han querido contarme fuera de grabación ciertas experiencias traumáticas. En el ambiente de reconocimiento de la entrevista éstas pujaban por aflorar, pero me han pedido que no las incluya en el relato. Para preservar su seguridad hemos cambiado algunos nombres de lugares y de personas. El ciclo de la violencia nos fuerza a silenciar a los partícipes de ésta para no arriesgar nuestra autonomía, nuestro trabajo o nuestra piel; dejemos patente que ese silencio sostiene su impunidad, tanto a nivel social como judicial.

He adaptado las transcripciones en busca de un relato fluido y con coherencia interna; un relato que respete lo que entiendo que son las prioridades de cada testificante, y en equilibrio con mis propios criterios. Este delicado ejercicio me ha exigido un gran esfuerzo técnico y emocional. Es obvio que mostrar vidas silenciadas y desmontar etiquetas y prejuicios siempre será más complejo que hablar de lo establecido. En el caso de Majdou, cuya lengua madre es el *darija*, la adaptación del texto ha supuesto una dedicación extra. Si en la historia oral nos plegásemos a los testimonios más accesibles, fluidos o estructurados, las historias de la mayoría de las mujeres (las mujeres pobres y por lo tanto con menos oportunidades y más criminalizadas) no saldrían de un segundo plano.

He atenuado las etapas de sus vidas más reconocibles y he subrayado aquellas que no se comprenden con facilidad. Añadiré que he conservado ciertos recuerdos confusos a sabiendas de ello, porque representan una forma de adaptación a traumas vividos, como detallaré más adelante.

Trabajé con cada protagonista el último borrador de su historia. Les pedí que me diesen sus impresiones a medida que lo leyesen, y que aclarasen lo que vieran necesario. Repasar el relato de vida en el espejo de la lectura les permitió afianzar sus recuerdos y en ocasiones ampliarlos. Esta etapa de trabajo es para mí imprescindible, aunque muy delicada: ese relato donde yo veo un interesante análisis lleno de posibilidades es su dolorosa experiencia, con muchos elementos traumáticos por comprender y por sanar. La revisión conjunta supone una prueba de fuego cuando mis prioridades se confrontan con las suyas.

Antonio Escolar y Kontxa Fernández leyeron un borrador inicial. Antonio me sugirió aportar más contexto histórico y social. Entonces añadí más notas a pie así como tablas con hechos biográficos y sociales, lo que hizo más patente que el condicionante de sus vidas es el género, por encima de la clase. Kontxa destacó las variaciones de tono de los relatos y los sentimientos que transmiten. Liz Quintana me aclaró lo referido a procesos judiciales y Antonella Fornoni realizó una revisión de ortografía.

Silencios y desmemorias

La diferente socialización de las mujeres y de los hombres condiciona la forma de mirarse y de recordar de cada género. En general las mujeres recordamos y describimos con mucha más

frescura lo relacionado con nuestra comunidad y con nuestras emociones: el entorno cercano y afectivo, eso que se denomina vida privada. Y al mismo tiempo difuminamos los referentes cronológicos. En el relato de Majdou hay algunas excepciones: ella sitúa la independencia de Marruecos, la muerte del sultán Mohammed V, algunos cambios en las leyes migratorias españolas y la guerra de Irak.

La vida de las mujeres está repleta de responsabilidades y obligaciones, de culpas y vergüenzas, de presiones y preocupaciones, amenazas y miedos. Con estos elementos se conforma la criminalización de nuestros actos y en consecuencia la impunidad del control y la violencia sobre ellos. Así se construye nuestro género. No es casualidad que los testimonios de Marian y de Majdou se tiñan de desorden, de silencios y de fantasías. Las ilusiones aligeran el peso de los hechos. Evitamos hablar de lo que nos duele o nos avergüenza, o callamos para cuidar la imagen de alguien cercano. Su urgencia por compartir y sus emociones encontradas condicionan también la secuencia del relato.

En general no les resulta fácil recordar las fechas de los sucesos que relatan, salvo las de algún episodio de violencia extrema. Majdou recuerda la fecha en que tomó un vuelo para alejarse de quien fuera su abusador durante años. Y al recordar su tiempo de trabajo como interna en casas, sabe qué día de la semana sucedió tal o cual anécdota, porque las empleadas de la casa tenían asignadas diferentes tareas cada día de la semana y las comidas familiares se celebraban en días específicos.

Majdou tiene confusión sobre la presencia o ausencia de su padre en su juventud. No es de extrañar, pues sus preocupaciones se

dirigían a cuidar y dar posibilidades educativas a sus hermanos y hermanas pequeñas mientras el padre estaba ausente. Ella recuerda bien los nacimientos de sus hermanas porque se encargaba de lavar las ropas ensangrentadas tras los partos de su madre, y también los pañales de los bebés. También Marian ha trabajado lavando, bien en grandes empresas o en casas particulares. Las manos siempre mojadas. Lavar la ropa de los familiares o ropa ajena durante décadas facilitó la artrosis en el cuerpo de Majdou: el lavado de la ropa, referente memorístico de ciertas etapas de su vida, ha dejado una dolorosa huella en sus articulaciones.

En contraste con la quebrada línea cronológica de sus vidas tanto Majdou como Marian recrean los aspectos ambientales. Por ejemplo, describen el tiempo atmosférico en fechas memorables de hace décadas y recuerdan con detalle las plantas de los campos, bosques y huertas de su niñez, los arbustos que se usaban para construir las casas y los que pinchaban, el color de sus frutos y la forma de sus hojas. Las imágenes se reconstruyen en la memoria de Marian con detalles espaciales de las casas donde vivió y de las calles que recorrió, de la vestimenta que llevaba en momentos especiales y de olores concretos como el olor del cuello de su abuela.

Sello de mujer y huellas de violencia

Desde los años sesenta del siglo xx, cuando Marian y Majdou nacieron, han sucedido muchos cambios sociales. España pasó de una férrea dictadura a un régimen parlamentario; Marruecos salió formalmente de la ocupación colonial compartida por España y Francia. En consecuencia hubo nuevas regulaciones, nuevos

movimientos sociales y una clara tendencia capitalizadora de la vida cotidiana. Los relatos de Marian y de Majdou muestran cómo la pobreza, la explotación laboral y las leyes de represión a la migración (en el caso de Majdou) han condicionado sus vidas; y el sello de mujer siempre se sitúa sobre los anteriores.

El relato de Majdou muestra los valores que conforman el ser mujer en la sociedad marroquí de su tiempo. El pudor, que navega entre la vergüenza, la incapacidad aprendida y el miedo. La infantilización y el enclaustramiento de la mujer en aras a su supuesta protección. El sometimiento de ellas a las decisiones de los hombres de su familia. El valor de la aceptación y de la resignación frente a la resistencia y la reivindicación. Y las imposiciones en el vestir y en el hacer ligadas a la cultura tradicional, no sólo a lo religioso.

Sus recuerdos reiteran la temprana edad de los convenios matrimoniales, y sin contar con la voluntad de las personas implicadas; la impunidad del acoso en pro del convenio matrimonial, la importancia de la mediación para un posible lazo matrimonial y la importancia de las fiestas como espacios de encuentro y socialización.

Majdou constata también el valor de la comunidad en su sociedad de origen, que se refuerza a través de la acogida, de las visitas familiares, los regalos, la conversación y la escucha. Su testimonio deja ver la fuerza de los vínculos familiares, situado muy por encima de los lazos de amistad: por eso ella asimila las buenas amistades a la familia. Y el valor de la mediación en la resolución de los conflictos: por ejemplo, para evitar una situación vergonzosa, en un intento de suicidio o ante una separación.

El conjunto de sus recuerdos da significado a ese complejo tablero social en el que las mujeres tenemos menos oportunidades. Marian y Majdou mencionan amigas y conocidas suyas que no tuvieron oportunidades de estudiar y que trabajaron desde niñas. En el hilo de su relato concluyeron que no sería la primera vez que sus jefes abusaban de una empleada y aludieron a otras mujeres violadas o acosadas. ¿Qué lectora no se reconocerá en alguna situación relatada o recordará a mujeres cercanas?

Los relatos de Marian y de Majdou llaman a analizar la violencia de género en sus vidas. Violencia de género en su lugar de nacimiento y violencia en su destino migratorio. Violencias por gente cercana y violencias por sus empleadores. Violencia sexual por hombres tan pobres como ellas y también por los más poderosos. Sus testimonios ayudan a entender cómo se ejercen y cómo se alimentan estas violencias. Desgranar decisiones, exponen la participación («todos lo sabían»), la moral de la culpa y de la vergüenza que logra silenciar, la normalización de formas injustas («yo pensaba que era lo que me tocaba») y la mirada en perspectiva («luego te das cuenta»).

Majdou nos muestra a un padre que emigra a Europa para escapar de la norma social. Lejos de ser un proyecto de sustento familiar su migración supone hacer doble vida en su lugar de destino e inhibirse de su responsabilidad económica. Como consecuencia las mujeres de su familia quedan más encadenadas a ese control social que él mismo busca sortear emigrando. Una realidad relativamente frecuente que supone una tragedia añadida para la familia que queda en Marruecos, especialmente para las mujeres.

El acoso y las agresiones sexuales son realidades frecuentes y conocidas entre las trabajadoras de hogar y cuidados; también para Marian y Majdou. Se han investigado de forma insuficiente y no se abordan en su complejidad. El hombre es el principal agresor en este contexto y sus familiares, mujeres muchas veces, se hacen cómplices: ocultan o defienden al agresor por mantener el honor familiar o el poder económico.

En su trabajo, Majdou transita por casas de familias ricas que ejercen similares formas de maltrato: de Tetuán y Ceuta a Marbella y de Marbella a Getxo. En su vida se hacen presentes hombres que la «rescatan» de sus abusadores y que se convierten poco después en los nuevos acosadores. Cuando Majdou se ve envuelta en una nueva situación de abuso, un anterior acosador es quien la consuela. Dinámicas de control que ayudan a sostener las violencias.

La supuesta protección de los hombres de su familia se vuelve en contra de Marian y de Majdou: sus imposiciones para evitar habladurías, sus amenazas («como me entere de que te hacen algo...») y sus consejos («mejor déjalo estar») consiguen que ellas silencien las violencias vividas. Este silencio, lejos de ayudar a soltar lastres, sostiene la impunidad: cuando nadie conoce lo sucedido la víctima queda aislada y los responsables no son juzgados desde el punto de vista social y tampoco penalmente.

El efecto del trauma perdura y con el paso del tiempo aflora. Regresan los recuerdos dolorosos. «Antes eso no me hacía tanto daño, pero ahora sí», me comentó Majdou en uno de nuestros últimos encuentros. Esa rabia que sienten a veces ha desembocado en un estallido de quejas y reivindicaciones («entonces exploté»), que constituye una herramienta aliada para el desahogo y para la

confrontación. Entre líneas asoman reiteradamente la necesidad de superar etapas («tienes que avanzar») y el ansia interior de libertad («yo quería ser libre»).

Ambas muestran una fuerte responsabilidad personal, que a veces se desborda en sentimiento de culpa o de fracaso. El análisis de sus biografías evidencia la influencia que tienen en sus vidas las expectativas y oportunidades diferenciadas. Mostrarnos como mujeres contando nuestras vidas nos permite dejar constancia de los vínculos entre lo personal y lo político. Nos ayuda a entender que el lastre de la violencia de género no se repara únicamente con medidas individuales, puesto que su origen no es personal. Marian y Majdou, mujeres valientes, han ofrecido su testimonio con nobleza a pesar de miedos y amenazas. Sus relatos biográficos contribuyen a dignificar y validar socialmente sus vidas y, por extensión, las vidas de las mujeres.

Ella hizo de madre como pudo. A veces se quitó la vida, a veces la asesinaron, en ocasiones se fugó y no se volvió a saber de ella. La violaban de vez en cuando, otras terminó en un psiquiátrico.

Muchas mujeres, a pesar de todo, cumplieron como pudieron hasta el final de sus días. Rodeadas de ollas, de niños, de horarios, de prohibiciones, de obligaciones, de parientes políticos, del qué dirán; economistas de la pobreza familiar, primeras en dar y últimas en pedir. Saliendo adelante a pesar de haber sido maltratadas, abandonadas, burladas y engañadas.

VICTORIA SAU

*El vacío de la maternidad;
madre no hay más que ninguna (1995)*

Historia de Marian

1. Me crié con mis abuelos	25
2. Yo pasaba por su hermana	31
3. Dejó las ovejas y nos vinimos	33
4. En una residencia de monjas	37
5. Me ponía la mano en la pierna	40
6. Una temporada con mi madre	43
7. Yo crié a la niña pequeña	45
8. Me quedé embarazada muy rápido	47
9. Ingresada en el hospital	51
10. Yo le permitía todo	55
11. Un cursillo de auxiliar domiciliaria	59
12. Enfadada con la vida	63
13. Trabajando como un tío	67
14. No estaba en el convenio	72
15. La orden de alejamiento	74
16. Le di las gracias por todo	76
17. Una señora de andares torpes	79
18. En ese momento hice click	82
19. Tenía derecho a esa ayuda	86
20. Yo sabía quién era mi padre	94
21. Tienes que avanzar	97

1. Me crié con mis abuelos

Me llamo Mari Ángeles Fernández Rodríguez, tengo 54 años y estoy trabajando de interna en el barrio de Santutxu, en Bilbao, cuidando a un señor mayor. He contado mi historia para que me entiendan. Quiero que comprendan lo que soy ahora sabiendo todo lo que he pasado. Muchas mujeres deberíamos dar a conocer nuestra vida para que nos reconozcan más.

Me crié en La Hiniesta, un pueblito de Zamora muy pequeño que está a siete kilómetros de la capital². En los años setenta tenía más de seiscientos habitantes. Actualmente viven unos trescientos, y en verano algo más. Mi abuelo era pastor y mi abuela era ama de casa, además de cuidar a sus hijos, criar animales y cultivar un pequeño huerto.

Cuando yo era pequeña mi familia emigró a Sestao, y yo con ellos. Allí viví con mis abuelos y después con mi marido. De joven pasé unos años estudiando en una residencia de monjas del barrio de Txurdinaga, luego trabajé de interna en el barrio de Zorroza, una temporada en Madrid y vuelta a Sestao. Viví un tiempo en Barakaldo y en los últimos años he trabajado como interna en barrios de Bilbao: San Ignacio, Zurbaran y Atxuri. Ahora vivo en Santutxu en la casa del señor que cuido, y los domingos los paso donde un tío mío.

2 La ciudad de Zamora, en la provincia de Zamora y cerca de Portugal, tiene 61 mil habitantes. Está muy poco industrializada.

Mi madre es la tercera de diez hijos. Dos de ellos fallecieron muy pequeños. Ella se quedó embarazada con diecinueve años. Nunca aclararon si se trató de una violación. En mi familia unos pensamos que no y otros sugieren que sí. En aquellos años tener una hija de soltera era una vergüenza, de modo que mis abuelos optaron por llevar a su hija a un centro religioso para madres solteras en Madrid. Allí nací yo en el año 1966.

Era una maternidad a donde llegaban chicas sin medios y las alojaban hasta que daban a luz. Mientras tanto, ellas estudiaban allí. Se llamaba San Rafael. Se trata de una de las clínicas llevadas por monjas en las que vendían a los niños. Hace poco pusieron un reportaje de los niños robados donde salía esta clínica. Terrible. Yo he visto fotos en la televisión de lo que fue en su día, unos pasillos larguísimos con habitaciones a ambos lados, la sala donde daban a luz, la cocina...³

Dicen que cuando yo tenía unos seis meses una familia quiso adoptarme. O robarme. Mi madre, cuando supo que estaban interesados por su hija huyó del internado llevándome en sus brazos. Las monjas localizaron a mis abuelos y les avisaron. Antiguamente sólo había un teléfono en todo el pueblo y quien se encargaba de coger la llamada iba en busca de la persona a quien llamaban.

3 Las asociaciones de bebés robados en España calculan que entre 1940 y 1990 fueron robados unos 300.000 bebés (dato de 2018). Este delito prescribe, de modo que sólo pueden ser juzgados los hechos más recientes. La ley de bebés robados actualmente en trámite considera que no prescribe, por ser delito de lesa humanidad. Si se aprobase, el Estado habría de asumir la investigación y obligar a las administraciones y a la Iglesia Católica a abrir sus archivos.

La Guardia Civil nos encontró y mis abuelos optaron por ir a recogernos y nos llevaron de regreso con ellos al pueblo. Mi abuela me hablaba mucho de aquel viaje en el tren en pleno verano: «Eras muy chiquitina, no teníamos nada para darte y como tenías tanta hambre, con una cucharita te íbamos dando café con leche». Yo era muy delgadita; mi abuela siempre me lo decía. Para alimentarme compraron una cabrita y la ordeñaban. Era negra y con el morro blanco. Esa cabrita estaba conmigo todo el rato y yo con ella. La agarraba del rabo...

En unos meses mi madre se fue a trabajar a Salamanca y luego a Madrid. Yo me quedé con mis abuelos y ellos me pusieron sus apellidos. En mi primer año estuve muy malita con difteria y mi madre vino para estar conmigo. Ella pensaba que me moría. A partir de entonces prácticamente no tuve relación con mi madre pero no la echaba de menos ni me acordaba de ella.

Yo duermo muy mal. A pesar de que tomo somníferos, me despierto con frecuencia. Me quiero dormir pero no puedo. Y cuando sueño me vienen muchas imágenes de mi infancia en el pueblo. Mi abuela nos ponía pan con manteca de cerdo y azúcar para merendar. ¡Me acuerdo muchísimo de eso! Y de la leche condensada. Ahora pienso, «¡qué asco!», porque hoy en día la leche no me gusta.

Mi abuelo pastoreaba las ovejas de un señor del pueblo. Y en el invierno las llevaba en trashumancia a Extremadura. Mi tío Ángel, el pequeño, nació en Cáceres, en Cabeza la Mayor, porque esa temporada mi abuela acompañó a mi abuelo hasta allí. Por eso a veces le llamamos «extremeño». Mi abuelo tenía algunos perros para cuidar el rebaño y un corral donde lo guardaba.

Entonces había muchos lobos en la Sierra de la Culebra, que está más arriba del pueblo de La Hiniesta. Cuando el lobo bajaba de la sierra y mataba una oveja o un corderito mi abuelo venía

cagándose en Dios. ¡Era algo terrible! Cuando mi abuelo llevaba las ovejas al monte y se quedaba a dormir allí él mismo se hacía una cabaña cónica con palos y con unas mantas de telar, con rayas de colores rojas, azules... las mantas colocadas sobre los palos.

Mi abuela y yo subíamos al campo a llevarle la comida; el hato, que se llamaba: un trozo de tortilla o de tocino en una fiambarrera de latón y un pedazo de pan, que lo hacía mi abuela en casa. Ella iba con un pañuelo negro a la cabeza y yo con un sombrero de paja trenzada. Recuerdo que el suelo de la cabaña era de barro rojo y que mi abuelo colocaba una manta para que nos echáramos mi abuela y yo.

Cuando caminábamos por el monte mi abuela siempre llevaba un palo y con el palo iba dando aquí y allá entre la tierra y la maleza, porque decía que había muchas culebras. Una vez vi una camisa de una culebra en un agujero de un muro. Me gustaba seguir a los saltamontes y atraparlos. Y a las mariposas las cogía por las alas con mucho cuidado. No quería matarlas sino volver a soltarlas y ver cómo emprendían el vuelo y se alejaban.

Mi abuela criaba conejos, pollitos, gallinas, cerdos... Cuando la marrana tenía cerditos, me gustaba entrar a la corte para cogerlos, y desde el portón mi abuela me gritaba para que los soltase, porque la marrana podía atacarme para defender a sus crías. Y tenían un palomar. No se me olvidará que mi abuela disecó dos palomas y estuvieron por mucho tiempo en la casa de Sestao.

Yo le robaba los huevos a mi abuela y los llevaba a vender donde la señora Plácida para comprarme cromos de brillantina o cuadernos de recortables, que me encantaban. Y la señora Plácida se lo contaba a mi abuela: «Ha venido tu nieta con unos huevos». Ella le devolvía los huevos y mi abuela le pagaba y venía donde mí a echarme la bronca.

Salía del negro desfiladero. La verdad es que ya había salido de él más de una vez. Y seguiría saliendo.

Las mismas verdades habían sido reaprendidas varias veces. Pero la experiencia era acumulativa: el paso, a la larga, se iba haciendo más seguro; el ojo veía más allá en ciertas tinieblas; el espíritu comprobaba al menos ciertas leyes.

MARGUERITE YOURCENAR
Opus Nigrum (1968)

Historia de Majdou

1. En el pueblo son una sola familia	121
2. Los casaron de niños	125
3. Un colegio de lujo	127
4. Un lápiz siempre en la mano	132
5. Me sacó de la escuela	134
6. Mi padre se va a Gibraltar	137
7. Quería quitarse la vida	141
8. Encargos del curandero	144
9. Siempre encerrada en casa	146
10. Trapitos sucios escondidos	152
11. Como una muñequita	154
12. Muchos quieren aprovecharse	156
13. Cuando un hombre viene a casa	159
14. Enamorados ciegamente	162
15. Sientes que no vales	166
16. Cuidaba de sus hermanas.....	168
17. Soy una buena cantante	171
18. Visado para Europa	174
19. Nunca me pagaba todo	177
20. Un encargado muy amable	180
21. Deseando conocer Marruecos	183
22. Él me insistía y yo volvía	186
23. Se me pone la piel de gallina	190
24. Hortensias para mi tristeza	193
25. Nuevas amigas me ayudan	199
26. Mi madre tiene cáncer	203
27. La enfermedad de Hanane	208
28. Le dije todo a la cara	212
29. Tengo derecho a una ayuda	215
30. ¿Por qué tengo que aguantar?	219

1. En el pueblo son una sola familia

Me llamo Majdouline, pero me llaman Majdou. Tengo 60 años y vivo en Getxo. Nací en Atrafa, un pueblo de Chaouen, Marruecos, y he vivido en Bouanan y en Tetuán. Cuando me fui a España viví y trabajé en Marbella (Málaga) y en Getxo (Bizkaia). He trabajado siempre como empleada de hogar en casas de familias ricas y cuidando a personas mayores. Con mucho esfuerzo durante toda mi vida he ayudado a mi madre y a mis hermanos y hermanas para que pudieran salir adelante.

Yo siempre soñaba con proyectos personales: venir a España, comprar varias máquinas de coser y montar un taller en Marruecos... O trabajar como música y cantante. Y al final no he hecho nada. Siempre estaba apoyando a alguien de mi familia y aplazando lo mío para después.

A medida que pasan los años cada vez estoy más triste y además la menopausia me vino muy fuerte. Yo siempre tenía una sonrisa en la cara; esa sonrisa se me ha ido perdiendo por todo lo que he pasado y guardo en los ojos la tristeza. Yo procuro pensar en el mañana y busco la forma de estar bien. Sé que soy una mujer fuerte: cuando me caigo me levanto. La música me ayuda muchísimo; para relajarme la escucho muy alto con los cascos puestos. Pero últimamente me da miedo quedarme tirada en la calle. Eso cada vez me preocupa más.

Hasta hace poco yo trabajaba por horas en casa de una chica alemana en Getxo. Éramos como amigas, cada una tenía sus problemas: yo sacaba todo lo que sentía y ella también lo sacaba. Nos apoyábamos y eso me hacía sentirme bien. A pesar de todo lo que vivimos juntas nuestra relación acabó porque no quiso pagarme todo el trabajo que le hice. A ella no le faltaba el dinero pero prefería destinarlo a otras cosas.

Llevo tiempo pensando en escribir mis memorias y ahora he visto la oportunidad. Siempre he sido muy vergonzosa. Muchos sucesos que explico aquí nunca se los he contado a nadie. Los he guardado durante años porque no tenía una persona de confianza que me escuchase. Al hablar de mi vida he sacado vivencias que tenía muy olvidadas. Y a veces me he puesto muy nerviosa.

Yo nací en 1960 en un pueblito llamado Atrafa que está junto a Bab Taza, cerca de Chaouen³¹. Mis abuelos paternos y mi padre son de ese pueblo, y ahí también vivían unos tíos de mi padre. Recuerdo que algunos vecinos nuestros eran familias del Rif que habían tenido que salir de sus pueblos por la sequía. Ellos hablaban *shilha*, pero ya los hijos y los nietos han perdido esa lengua.

El pueblo de mi madre es Chebarin. Su mi familia procedía de otro pueblito más arriba en la montaña llamado Bouhala y bajaron al valle para poder hacer pozos y cultivar³². En Chebarin sólo había familiares. Todos son la misma familia, tienen el mismo apellido y a veces se casan entre primos o sobrinos. Había algunas familias de apellidos diferentes: eran los que no tenían sus tierras y trabajaban para otros. Mi familia tenía gente que cuidaban de sus animales y trabajaban sus tierras, y dormían en la casa familiar. Habían venido de otras aldeas en busca de trabajo y con el tiempo también se quedaron en el pueblo. Yo recuerdo que cuando era niña estas familias me parecían demasiado pobres.

31 Bab Taza está en la provincia de Chefchaouen (Cahouen o Xaouen), en la cordillera del Rif, y a los pies del pico Akra, de 2.160 metros de altitud. En la actualidad Bab Taza tiene unos 5.000 habitantes. La comuna rural o municipio, que abarca muchas pequeñas poblaciones, tiene unos 28.000 habitantes.

32 En el mapa del Marruecos actual Bouhala figura como Boukhalled o Bou Khalled.

La palabra árabe *chebarin* o *shabari* en castellano significa atrapar, agarrar³³. Por ejemplo, se usa cuando un niño se escapa y lo atrapan. Yo creo que el pueblo tiene ese nombre porque durante el protectorado español ahí había una aduana. En ese tiempo en Bab Taza había muchos cuarteles con un paso controlado. La gente no podía trasladarse sin el permiso del gobierno. Mi madre y mi abuela me contaban que unos tíos de mi madre que eran muy inteligentes para su época, estaban en la política porque no estaban de acuerdo con la ocupación. Se llamaban *mouaridin* (opositores). Por ese motivo uno de mis tíos fue asesinado³⁴.

El pueblo consistía en unas pocas casas con paredes de barro mezclado con paja, es decir, adobe (*al dob*). Y arriba la azotea o *tziriba*. La casa tradicional son dos piezas. Una pieza es la casita donde se duerme, que se llama *lbit*. Dentro de *lbit* hacen un *doukana* junto a la pared, que es como el sofá. Lo hacen también con adobe. A veces a esta casita le ponían una segunda planta que le llaman *lgorfa* y unas escaleras, todo hecho de adobe. Esa planta la usa un hijo que se casa o un padre que necesita tranquilidad.

33 El árabe coloquial que se habla en Marruecos, llamado *darija* por sus hablantes, es una variante con influencias principalmente del *amazig*, del árabe andalusí, del francés y del castellano. A pesar de que no es lengua oficial se habla en la calle, en los medios de comunicación y en la administración a nivel oral. También se usa en creaciones culturales como poseía, canción y teatro.

34 La ocupación colonial de España en Marruecos entre 1912 y 1956, que tomó el nombre de protectorado, abarcaba en el norte el Rif y Yebala, y en el sur del país la actual provincia de Tarfalla. La administración colonial no se creó hasta 1927, cuando acabaron las guerras de resistencia del Rif.

Al lado de *lbit* hay otra casa de adobe donde se cocina, *ldar del naar*, que significa «la casa del fuego». Se llama así porque ahí está el *kanoun*, donde se hace el fuego de leña. El *kanoun* es un agujero en el suelo con un aro de adobe y tres *ainin* o puntos de apoyo para la olla. En un lado del *dar del naar* ponen la leña para que no se moje, y al fondo estaban las vacas y el pesebre donde les echaban la comida.

En algunas casas los techos se hacían con palos largos de algún árbol, y en transversal colocaban cañas del río cosidas con cuerda de palmito (*ldoum*). Así era la casa de mi abuela. También sacan la hoja del palmito para hacer escobas. Como los techos son de ramas, la gente se cuida mucho de que no haya fuego. Con el tiempo empezaron a poner placas de zinc sujetas con unos palos.

Para cocer los alimentos tenían un *stal* o caldero grande de hierro (*al maden*) de color dorado. Y las lentejas y la carne las guisaban en otra pieza de *al maden* con dos asas llamada *al borma*. Tenían una tetera grande para calentar el agua. Estas ollas estaban negras por fuera del contacto con el humo y el carbón. Usaban cucharas o *mogrof* talladas por ellos mismos en madera de *tro* (lentisco). En el sur de Marruecos lo dicen con *de, dro*; nosotros lo pronunciamos con *te*. Y en una artesa de barro muy grande amasaban el pan, que duraba muchos días.

Para preparar la mantequilla y el *lben* (la leche agria) usaban una calabaza muy grande vaciada y limpia. Todavía lo hacen así en algunos sitios. Después de reposar la leche unos días en el cubo la echan en la calabaza, la cubren con una gasa blanca limpia, la tapan con un corcho y la meten en una bolsa de cuerda tejida. Esta bolsa se cuelga y se balancea hasta que la mantequilla se separa y sube. La parte líquida que queda es el *lben*.

Mis abuelos maternos tenían ganado, cultivaban olivos, sembraban trigo y hasta cosechaban miel. De animales tenían chivos,